

El debate vírico

Se supone que el problema es la pandemia en sí, no las controversias políticas

kioskoymas#laura.parrondo@gmail.com
FELIPE BENÍTEZ REYES



Uno no sabe ya si la política va en consonancia con la realidad, si la realidad le marca el ritmo a la política o viceversa, si cada cosa va a su aire o si ambas van de la mano hacia ningún sitio. Ese es el enigma, en principio irresoluble. En medio de una pandemia se supone que el problema principal es la pandemia en sí, no las controversias políticas derivadas de la gestión de la pandemia, pero enseñada nos vemos obligados a rectificar esa suposición candorosa: nuestros representantes electos parecen haber decidido que esta calamidad colectiva pase a un segundo plano y se convierta en un entretenido pretexto para la disputa partidista, que de siempre ha sido el mejor modo de solucionar las consecuencias de un desastre, por la misma razón por la que la manera más sensata de combatir un terremoto consiste en ponerte a discutir con tu vecino por los ladrillos de su perro mientras el techo se os derrumba.

El ambiente parlamentario está alcanzando un tono agrio de taberna que no sabe nadie a quién beneficia, pues la irrespetuosidad recíproca suele llevar consigo una falta de respeto a uno mismo, y esa falta de respeto propio suele propiciar, a su vez, el que la gente pierda el respeto a quien ni siquiera se toma la molestia de respetarse. Cuando el debate se convierte en una competición de escupitajos retóricos, lo normal es que se produzca una paradoja: que quien gana pierda.

Aislada en una extraña burbuja psicológica, la clase política parece no entender que, en tiempos de crispación y desánimo social, lo que menos necesita una sociedad es una dosis extra de crispación y de desánimo. Si a eso sumamos el que la pandemia se ha convertido en una controvertida guerra de cifras, en vez de plantearse como una campaña sanitaria consensuada resulta que todo acaba teniendo la condición desconcertante de una batalla imaginaria contra un enemigo real.

¿Qué no han entendido ellos o qué no estamos entendiendo nosotros? Empieza a llegar uno a la conclusión melancólica de que los políticos sirven para lo que sirven, y suelen servir sobre todo para ser políticos, pero que resultan inoperantes cuando deben enfrentarse a la resolución de un problema ajeno a sus patrones rutinarios de gestión. Con esto del virus están luciendo, desde luego, hasta el punto de que ni siquiera renuncian a las artes propias de los ilusionistas: convertir una enfermedad en un factor ideológico. Andan ahora en eso, en esa atribución recíproca de culpabilidades, de agravios y de reproches. A este paso, raro será que no acaben convenciéndonos de que el virus tiene el carné de militante de algún partido político, que siempre será el de los otros. Ellos sabrán, porque nosotros no.

Menos Trump, más Sánchez

JAVIER ZARZALEJOS

Se entiende que Podemos haga cosas como la elección a la medida del Consejo del Poder Judicial pero no que el PSOE no se dé cuenta del precedente que sienta

En su último libro antes de fallecer, Tony Judt venía a recordar cómo el gauchismo libertario del Mayo francés con una mano pintarrajeaba aquello de «Prohibido prohibir» y con la otra esgrimía el 'Libro Rojo' de Mao como ritual de su fascinación fanática por quien había provocado un genocidio en China y en aquellos momentos estaba desencadenando una terrorífica persecución bajo la artera invocación a la 'revolución cultural'.

Es lamentable que una parte demasiado grande de la izquierda parezca incapaz de librarse de ese estrabismo moral que le lleva a sentir admiración por regímenes, líderes y sistemas que encuentra aceptables, e incluso deseables para otros, pero que no toleraría ni un minuto si fueran ellos los que los sufrieran. Latinoamérica y el socialismo del siglo XXI, además de la Cuba castrista, claro está, han sido el banco de pruebas preferido para esa izquierda siempre benévola con el autoritarismo en todos sus grados con tal de que que pudiera motejarlo de progresista, a ser posible sacando a pasear al malvado neoliberalismo. En el inigualable retrato de Carlos Rangel, para esa izquierda no ha habido solución de continuidad entre el buen salvaje y el buen revolucionario. Pero la autocomplacencia, el sentir siempre en el lado bueno de la historia, tienen estas cosas.

Hoy en día, en la medida en que Maduro no cotiza y Cuba no despierta las emociones que levantaba Fidel, esa descompensación se despliega en terrenos más domésticos. Por ejemplo, es curioso que mientras en Estados Unidos tenía lugar la audiencia de la candidata a magistrada del Tribunal Supremo Amy Coney Barrett, nominada para el puesto por Donald Trump, en España el Gobierno —porque es el Gobierno y no el dúo Lastra-Echenique— registraba una iniciativa para la elección a la medida de su mayoría de 12 de los 20 vocales del Consejo General del Poder Judicial.



JOSÉ IBARROLA

Trump se había atenido escrupulosamente a sus prerrogativas constitucionales al proponer a Amy Barrett ya que en Estados Unidos no existe ese concepto de interinidad «en funciones» que nos resulta tan familiar, y ni siquiera ha habido elecciones aún. Los presidentes hasta que no abandonan la Casa Blanca lo son en plenitud de sus potestades, lo que, pongamos por caso, les permite mantener la costumbre de despedirse con generosos indultos de los que también se suelen beneficiar amigos y próximos que a lo largo de los años de presidencia han tenido algún resbalón con la Justicia. Aquí, lejos de atenderse a las potestades establecidas en la Constitución y el bloque de constitucionalidad, el Gobierno se dispone a cambiarlas a su pura conveniencia.

En Estados Unidos se discute la oportunidad de que Trump cubra ahora esta plaza en el Supremo, pero aquí lo que se pone en cuestión —una cuestión bastante clara— es la constitucionalidad de la proposición de ley. Una constitucionalidad que tiende a cero. Trump suscita dudas sobre su adhesión a las reglas del juego

democrático, pero no se la ha oído dirigirse al Partido Demócrata en forma de maldición con aquello de «ustedes no volverán a gobernar» que tanto gusta a Pablo Iglesias esperar al PP. La candidata Amy Barrett ha sido sometida al interrogatorio de senadores demócratas y republicanos durante horas, se ha traído a colación hasta una declaración sobre el aborto que firmó en una ocasión a la salida de misa. Se le ha preguntado por sus opiniones personales, sus creencias religiosas —ella es católica practicante—, sus trabajos académicos, su relación con Trump, su opinión sobre los principales contenciosos sobre los que habrá de pronunciarse el Supremo... Aquí el único argumento de defensa de una maniobra antidemocrática e inconstitucional —perdón por la redundancia— es una cínica apelación al castigo que merece al PP por no pactar hasta ahora los nuevos nombramientos del Consejo.

Incluso si fuera cierto, sería una estúpida patada al PP en el trasero de la democracia, y digo bien trasero porque un Estado de Derecho se asienta precisamente sobre una Justicia independiente. Pero si la apología del Gobierno quiere ir por esa vía, entonces habrá que recordar que fue Sánchez, antes incluso de que Pablo Casado llegara a la presidencia del PP, quien se comprometió —hágase un esfuerzo para no reír al ver unidas «Sánchez y «promesas»— a despolitizar la elección del Consejo y que fueran los jueces quienes eligieran a los jueces.

Todo autoproclamado progresista lleva en sí un implacable fiscal de las deficiencias ajenas. Esta vez la doble vara de medir es demasiado evidente y bien contentos que están los polacos del PIS de que la torpeza de unos y la pulsión autoritaria de otros sean tan visibles. Uno entiende bien que Unidas Podemos haga cosas como esta y más que hará si puede. Lo que no se entiende tanto es que el Partido Socialista —¿hay alguien ahí?— no se dé cuenta o tal vez no le importen los precedentes que está sentando y las responsabilidades que está contrayendo.

El ocaso del guerrero

ALFONSO DEL RÍO
@AdelRioMoreno



El manacorí». Me encanta el nombre. Trae reminiscencias de guerrero de una tribu ancestral. Veinte Grand Slams. Sería un record perfecto... de no ser insuficiente. Insuficiente para erigirse indudablemente en el mejor de la Historia. Porque hay otro tenista, Federer, que además llegó antes a ese mismo peldaño.

Los dos son animales competitivos. Viven de contender. Viven de ganar. ¿Cómo es posible que sean amigos? Tengan en

cuenta una cosa: cada una de estas dos personas es prácticamente la única que puede arrebatar a la otra el sueño de sus vidas. La única que puede hacer que el trabajo de toda una vida quede relegado a un injusto segundo puesto. Es un modo de enfocar la vida ejemplar. Ambos se ciñen a trabajar para ser 'el mejor' sabiendo que no depende de ellos conseguirlo. Ponen la aspiración en la lucha, no en la meta. Es una primera lección.

Otra reflexión. Me gusta ver cómo gana Nadal. Pero me gustará también ver cómo afronta el guerrero su ocaso. Cómo vivirá ese momento: con esa entereza sin doblez, con esa competitividad rabiosa que inexplicablemente combina con la humildad. Cuando de pronto sus músculos no lo lleven tan rápido como antes. Cuando sus reflejos no le den información tan veraz. Y se vea superado por otros luchadores, que nunca llegarán a ser como él, pero que en ese momento —dentro de mucho, espero— ya serán capaces de ganarle. Ese camino hacia el atardecer de un gigante que acabará por colgar su hacha de guerra y dejará a otros que vivan a su sombra eterna, intentando alcanzar el mito que solo él ha sido capaz de escribir. Seguramente ahí tendremos la última y mejor lección del guerrero.